

ESCRIBIR FICCIÓN

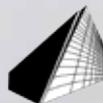
Primera antología de narrativas breves



Alcaldía
**GUSTAVO
A. MADERO**
TRANSFORMANDO JUNTOS



Futurama
Centro de la Juventud, Arte y Cultura



ESCRIBIR FICCIÓN

Primera antología de narrativas breves

Alcaldía
**GUSTAVO
A. MADERO**
TRANSFORMANDO JUNTOS



futurama
Centro de la Juventud, Arte y Cultura



Francisco Chígul Figueroa
Alcalde en Gustavo A. Madero

Rosalba Cruz López
Directora Ejecutiva de Cultura,
Recreación y Deporte, GAM

José Luis Méndez Pérez
Coordinador del Centro Cultural Futurama

José Luis M. Ontiveros
Enlace Centro Cultural Futurama

Edición
Vladimir Cano

Formación y cuidado editorial
Laura Ilarraza

Imagen de portada
Free-Photos en Pixabay

Edición digital publicada por
Centro Cultural Futurama

Con el apoyo de
Alcaldía Gustavo A. Madero

Ciudad de México, 2019



ESCRIBIR FICCIÓN

Primera antología de narrativas breves

Presentación e impartición del taller
"Escribir Ficción: Narrativas Breves"
Vladimir Cano

Autores:
Juan Arancibia
Sebastián Banda Gómez
Vuor Cigth
Grisel Estrada
Laura Ilarraza
Lian Liprandi
Carlos Méndez
Luis Octavio
Sebastián Sánchez
Hinatta Wild

Presentación

De pronto, al recibir la invitación para coordinar este primer taller, y después de estar retirado algunos años, la primera pregunta que me asaltó fue algo así como: «¿quién a estas alturas del mundo (año 2019) tiene el suficiente amor o la suficiente locura para inscribirse a un taller de creación literaria?». La primera noticia que recibí de la coordinación de nuestro querido Futurama fue que en un par de días se llenó el cupo para el taller. «Vamos viendo», dije yo.

Así llegamos a la primera sesión, con un territorio por explorar y una sensación de que la utopía camina por senderos poco visibles pero luminosos, cuando se les encuentra. No me equivoqué. Poco a poco, los integrantes comen-

zaron a desarrollar un trabajo creativo que ya estaba en ellos desde hacía mucho. Siempre trabajamos desde lo posible, desde la constancia y la autoexploración a la hora de plasmar un relato corto con miras a ser ilustrado por los propios autores, valiéndose de toda las herramientas tecnológicas a su alcance.

El resultado es sorprendente, ya que cada uno se desarrolla en diferentes ámbitos y ha adquirido diversas herramientas de expresión a lo largo de su vida y a la par de los conceptos de análisis narrativos que se tocaron en este primer acercamiento a la escritura narrativa.

Por este primer taller transitaron estudiantes, ilustradores, profesionistas, periodistas, biólogas, gestores culturales, entre otras ocupaciones. Sus edades podrían parecer disímbolas, sus inclinaciones literarias fluctúan por los más diversos géneros y temáticas, y lo que el lector está a punto de recorrer a lo largo de estas páginas es un mosaico de lenguajes y tonos; de diversas formas de explorar la tensión narrativa, el desarrollo de un relato, sus climas y desenlace.

Al revisar y editar los textos del presente volumen, en medio del silencio y la concentración que obliga la lectura detenida, caí en cuenta que los relatos reunidos contienen una esencia y una cuidado dignos de reconocer. Se nota el trabajo creativo que tuvimos desde la primera sesión y la construcción de una buena historia a través de algunos intentos, borradores, cambios de historia. Se siente la reescritura planteándose nuevos retos, complejizando a sus personajes o dando giros narrativos que dejan un buen sabor en el lector a caer el punto final de cada relato.



Así es como llegamos a esta primera antología de nuestro taller «**Escribir Ficción: Narrativas Breves**». Proponemos su lectura gozosa y deseamos que este primer trabajo conjunto tenga resonancia entre nuevos lectores y nuevos escritores.

Agradecemos a los directivos, coordinadores y personal del Centro Cultural Futurama por todas las facilidades que nos brindaron para llevar a cabo nuestra actividad artística, además de proponer e impulsar un nuevo panorama de Arte y Cultura en la zona norte de nuestra Ciudad.

Vladimir Cano
Ciudad de México, Agosto de 2019

Las mujeres para las que no existes

Juan Arancibia

Vas rumbo al metro. El camión no te llevará hasta tu destino pero te acercará lo suficiente como para que llegues caminando sin tener que gastar más dinero, aunque tardes más en llegar. «El tráfico está un poco pesado», te dices al observar hacia el exterior a través del cristal de la ventana. Regresas al interior. Ves a la gente subir. Más mujeres que hombres.

Una chica llama tu atención; eres consciente de que su visión será efímera. Te gustan sus ojos aunque no se den cuenta de tu presencia, pues se encuentran perdidos entre los fierros y estampas que forman parte del camión que llega a una esquina donde la ves bajar, cruzar la avenida y tomar otro camión que se la lleva a quién sabe dónde. Pronto la olvidarás. La gente sigue subiendo.

Tres mujeres, tres generaciones (una aún en brazos) suben y se sientan en los primeros asientos. No les prestas más atención. Piensas en aquellos ojos que no tardan en quedar olvidados al contemplar a la chica que acaba de subir. Te parece más bonita.

Ojitos termina por esfumarse. La muchacha se sienta del lado opuesto al lugar en el que vas. Bosteza, alcanzas a ver el arete que adorna su lengua. Una visión fugaz. Esta joven tampoco te mira. No responde a las miradas furtivas que le dedicas. Se entretiene con su celular. El camión, de a poco, continúa llenándose. Mantienes tu estrategia de las miradas. Ella hace una llamada, pero el ruido del motor te impide escuchar sus palabras.

Llegan al metrobús y el camión se vacía. La chica sonríe al hablar. Supones que tiene novio aunque te esfuerzas por creer que se trata de una amiga, aquella con quien va a reunirse al llegar al metro. ¿Cómo lo sabes? No tienes la más mínima idea, pero es lo que quieres creer.

Por el momento, la gente ya no sube, solo se dedican a bajar. El chofer ha puesto música. *Los Temerarios* suenan por un instante y dan paso a una canción de reggaeton. Quizá la has escuchado pero de momento desconoces todo de ella. Una pareja sube. Se sientan en el asiento frente al tuyo. Los ignoras, pues la chica te ha visto. Sus ojos se han posado un instante en tu figura. Tu corazón late y no ves al vendedor de *Bubulubus* hasta que rechazas el producto que te ofrece. Las tres generaciones son las únicas que le compran.





Bonita no te vuelve a ver. Piensas que aunque miró hacia donde estás sentado, no te vio. Continúa su plática como si nada pasara. Te desilusionas. Diriges tu mirada al frente. Las dos madres y dos hijas han desaparecido. *Bubulubus* no se baja, de hecho ahora viaja como un pasaje más.

La chica por fin cuelga. Te mantienes fuera de su horizonte, aunque esto ya no te importa: una nueva muchacha ha subido. Te llaman la atención sus botas y el color de su cabello. Se sienta delante de *Bonita*.

Ahora te cuesta decidir cuál te parece más atractiva. A cuál le hablarías si pudieras reunir el valor de hacerlo. El camión vuelve a llenarse. Ya no puedes verlas, las personas se interponen entre tú y ellas. Te resignas y vuelves la mirada al exterior. A aquel espacio que habías ignorado por estar ocupado con ellas, las mujeres para las que no existes.

El paisaje ha cambiado y no. Reconoces que no es igual ir por la GAM que por los rumbos de Ecatepec. Sin embargo, las casas de concreto, los carros peleando por no quedar atrapados en el tráfico y el constante trajín de la gente son el mismo.

Es un día soleado, el chofer ha tomado una ruta alterna para evitar el semáforo. *Bubulubus* por fin se baja. *Bonita* con su celular vuelve a aparecer frente a ti. *Botitas* ya no está. No viste dónde ha bajado. Continúas en la ignorancia.

«No importa», te dices, «realmente no importa». Sabes que al final nada es para tanto y el metro ya está a la vista.

Juan Arancibia. Geógrafo sin título por la UNAM. Nacido en el Distrito Federal, vive (¿o sobrevive?) en Ecatepec. Amante del rock, la literatura y el alcohol. Busca decir algo a través de las letras, aunque bien a bien no sabe qué.

Mamá, el sol nos está matando

Sebastián Banda

En la sala, mi madre se abanicaba vigorosamente con unas hojas de anuncios del supermercado. Sus brazos, enteramente ocupados, sostenían con firmeza a la bebé, de la cual se desprendían una especie de alaridos casi inaudibles. Había pasado ya una hora desde nuestra última riña; o más bien, desde mi último regaño. Era media tarde; la luz del día parecía comenzar a palidecer combinándose entre rojos y azules, pero el calor no cesaba.

Yo aún tenía las manos aferradas al gran ventanal que estaba a la izquierda de nuestra entrada. Con la frente pegada al cristal y los ojos bien apuntados hacia afuera, atentamente veía.

«Es él», me decía a gritos en mi mente, «es él, definitivamente es él». Y se me enchinaba el pellejo del coraje. Superado el miedo inicial desde hace unos días, ya únicamente me quedaba aquella sensación de angustia y enfado que no dejaba en paz mi corazón.

Pero mirar por la ventana era una mera resignación temporal. En algún momento mi madre tendría que salir de la casa, y entonces yo podría dejar de ser un simple espectador horrorizado.

Debía tener cuidado. Ya sabía yo que cualquier nueva mención de todo este problema en frente de mi mamá me hubiera merecido muchos más gritos. Pero en especial me habría ganado otro encierro en mi habitación. Por lo que, siendo cuidadoso, procuré simplemente contener toda la rabia que sentía. Cerrando a ratos los ojos, metiendo el aire lo más despacio y profundo que se pudiera, para entonces pensar claramente de nuevo.

Así tenía que ser. Sí, porque de lo contrario me consumiría, volviéndome una vez más preso del miedo, pero, sobre todo, pondría a mi madre totalmente en mi contra. Y si eso pasaba, no habría en esta casa nadie más que tuviera oportunidad.

Sí, nadie lo sabe. Sí, todos lo ignoran. Por él, por la bebé, por mi madre. Por mi abuela que ahora mismo se prepara el té en la cocina, recién repuesta de las muletas. Por todos ellos, y aunque sonara obligado, tendría que hacerlo.

Fueron los libros de mi hermano mayor los que me pusieron aquí y, aunque hace una semana pude haber muerto de miedo, hoy de verdad tengo las fuerzas para luchar. *Edad Media* decía el libro, y “Concepción del mundo” era el capítulo. Un escalofrío me recorrió la espalda como una gota de agua en cuanto empecé a re-



correr las páginas. Fue entonces que el horror empezó a apoderarse de mí mientras sentía como el estómago se me ahuecaba.

Dibujos extraños se pasearon por mis ojos. Y, aunque ahí se mostraban un montón de criaturas monstruosas, lo cierto es que lo único ahí que de verdad me hizo sobresaltarme fue aquel garabato que tantas veces se repetía en varias imágenes.

Un típico sol amarillento, rodeado de destellos y flamas, pero que tenía un rostro demasiado humano. Fijo en el cielo, daba la impresión de siempre mirar a quien tuviera el libro en sus manos. Con esos huecos borrosos y profundos que tenía por pupilas y la sonrisa tan tenue, como si escondiera una burla que evita ser carcajada. En esos dibujos a veces también estaba la luna, pero esta estaba apartada y dormida, con un semblante suave que solo acentuaba la grotesca imagen de aquella otra grotesca aparición.

¿Qué era lo que en realidad me inquietaba tanto de un sol con cara? No lo supe en ese momento. Sobrecogido, hubo un momento en el que simplemente tuve que apartar la mirada, cerrar el libro de golpe con un último escalofrío que subió desde las puntas de mis dedos. Mas fue inútil, porque aquellas imágenes se me metían por debajo de los ojos sin parar ni un sólo momento. Ya lo había visto todo.

El mundo siendo vigilado. Jesús, María y los santos estaban ahí, pero sus caras parecían de odio. Estaban también los ángeles de caras regordetas, los monstruos marinos a las orillas del planeta. El diablo devorando a una persona sin rostro. Todos ellos reunidos alrededor del sol sonriente, como familiares que se reencuentran durante una fogata. Y, de todos ellos, el único que nos miraba siempre era el sol. A partir de ese domingo empezó una semana en la que no faltaron las pesadillas.

El lunes, casi sin haber dormido, acompañé a mi mamá al hospital. La bebé estaba grave, al parecer (para sorpresa de nadie). Ella había nacido débil. Eso dijo una vez mi abuela. El año pasado habían tenido que sacarle un riñón que seguramente aún era del tamaño de una nuez, y desde entonces se había acumulado padecimiento tras padecimiento.

Al mismo tiempo, mi abuela no veía la hora de recuperarse de una herida ennegrecida en el pie que se había hecho simplemente tropezándose. El estrés de todo esto había hecho además que mi mamá comenzara a verse muy deprimida. La cosa empeoró el martes; en los honores a la bandera, Fernando, de mi grupo, que estaba delante de mí, empezó a mirar al cielo.

Curioso de lo que él veía, le seguí el juego. En el cielo no había nada, excepto un calor fuertísimo, pero, cuando regresé mi vista, él estaba en el suelo, retorciéndose como loco. Un escándalo se hizo por todos lados. Los profesores nos apartaron a empujones.

Al regreso a casa, mi mamá estaba ahí; cosa rara, pues ella trabaja hasta tarde. «Tu abuela se cayó, fue a que le pasaran la máquina por los pies», me dijo sin verme. Entonces no hubo nada que comer excepto pollo que pedimos de la esquina.

En la noche, mi hermano no me miró siquiera. El día que vi las fotos me olvidé completamente de recoger el libro del suelo cuando lo tiré impulsivamente en mi espanto; por lo que tal vez estaba enfadado conmigo. Finalmente el miércoles, ayer, perdí el control por un rato; harto del ambiente que había en mi casa, declaré todo a mi mamá. Que yo sabía quién había enfermado a la bebé, que todo lo que estaba pasando estaba planeado. El problema es que lo dije y al mismo tiempo tuve miedo.

Sonaba estúpido, demasiado para que alguien grande se lo creyera y al parecer me alteré tanto que mi madre no encontró cómo callarme mas que a cachetadas que me hicieron llenarme de lágrimas.

Todo esto había pasado nada más en media semana, pero hoy solo había silencio. Salí de golpe de mis recuerdos. El ruido de chupada que hace el sillón forrado me avisa que mi mamá se está parando. Se escuchan algunas respiraciones muy débiles por la boca. No estoy viéndole, pero lo entiendo perfectamente por el sonido de los juguetes colgantes que chocan unos contra otros y tintinean. Sé que puso a la bebé en la carriola. «Sí, por fin se va a ir». Energías empiezan a concentrarse en mi pecho, y un nerviosismo me da en el cuerpo.

La hora se acerca. Cierro los ojos. La noche anterior un sueño entre serpientes que chapoteaban por todo mi cuerpo me había paralizado, tumbado en un mar negro, no podía sino ver hacia arriba. Era el sol que me veía, su maldita sonrisa burlona me hizo sentir un miedo que se comía mi corazón. Entonces empezó a moverse la expresión con mucha lentitud, la cara se le estrujó a estirones, estaba abriendo la boca.

Un sonido de llaves enciende mi pulso, mi mamá entonces sale. Solo espero unos segundos a que se pierda entre la calle y entonces corro como un loco hacia la calle. Si hubiera sido más grande, si tuviera yo hijos, quizás me hubiera resignado, iría a la iglesia por gusto como mi abuela, o me deprimiría como mi madre; pero ya no se me podría engañar más como siempre. Pecados, milagros, apariciones; los asaltos en la combi, las chicas que aparecieron en bolsas. Cómo fue que se atrevieron a tanto, a mentirnos así.

«Malditos, ¡cabrones!, ¡putos!, ¡hijos de la verga!», pienso, «tanto tiempo lo planearon, y cuánta gente han puesto en complicidad con ustedes, malditos, malditos. Repartiéndose el mundo. Castigando inocentes. Qué hizo mi abuela. Qué hizo Fernando. Y la bebé. ¡Si acaba de nacer!». Dejo entonces de correr y miro de nuevo hacia arriba.

En el cielo no hay nada hoy tampoco, solo la luz y el calor, ese infernal calor. ¿Cuánto tiempo lleva abierto el cielo? Y por qué nadie se daba cuenta. Manchas oscuras y plateadas empiezan a inundarme los ojos. «Es él, eres tú. Maldito seas». Y entonces se acerca.

El sol parece más y más grande. Siento un ardor horrible en los párpados. ¿Me dejará ganar? Una vez más se repite, ese pozo negro empieza a abrirse, la boca del sol y todos sus dientes. ¿Qué va a ser de mí? Noto que el cielo se ha puesto del todo rojizo. Las nubes avanzan todas con prisa.

– ¡Diego!, grita mi madre.

– ¿Qué te pasa? ¡Mierda!, alcancé a escuchar.

– Mamá, no sé si puedes escuchar lo que te digo, porque ni siquiera siento mi boca moverse...

– ¡El sol nos está matando!, dije, y no sonaron palabras.

Sebastián Banda Gómez. Prófugo de las Artes Visuales (FAD-UNAM). Hijo de la tragicomedia que es el ser mexicano. Un día a los diez años se dijo que quería escribir y apenas hoy se acordó.

Dédalos

Vuor Cigth

Escuchas un grito. Subes las escaleras sintiendo el frío barandal empapado por la lluvia. Además de parecerte infinitos, los escalones son angostos y resbaladizos. Al llegar, una puerta inmensa se abre totalmente para darte la bienvenida. Aunque lo intentas, no logras ver hacia dentro, pero escuchas peculiares sonidos que se convierten en llanto, haciendo eco en toda la habitación.

Al entrar recibes un olor a humedad muy penetrante mientras tus ojos buscan acostumbrarse a la oscuridad. Lo que alcanzas a distinguir se te presenta como un rompecabezas de tonos oscuros, y poco a poco delneas la forma de un torso en el gélido piso del lugar. La figura nota tu presencia mientras te acercas y, simultáneamente, tus ojos ya pueden definir la geometría del espacio y sus proporciones. Te encuentras en un laberinto, donde solo la luz del faro que entra por la puerta alumbrá la entrada como una alfombra blanca totalmente etérea. Sí, la figura te observa y llora desconsoladamente.

Miras su rostro pálido, su perfil afilado, sus ojos húmedos casi felinos, sus largos brazos estirándose hacia ti hasta acariciarte suavemente con sus dedos. Te sientes hipnotizado por sus encantadores rasgos, casi excitado por su extraña presencia, la cual no sabes definir como masculina o femenina, como humano o como bestia.

Su llanto disminuye cuando te inclinas a su lado. Por un momento piensas que te sonríe, pero descubres que sus delgados labios son tan grandes que llegan de oreja a oreja.

Intenta comunicarte algo en un idioma familiar que te resulta antiquísimo, pero su voz es la que resuena en tu mente como una melodía extraña que parece no pertenecerle, que no coincide con su fascinante rostro, estás seguro de eso. En ningún momento lo tocas; sin embargo, tu mirada recorre su cuerpo en busca de respuestas. Su piel mármol se va tornando ópalo, mientras tus ojos bajan lentamente por su cadera.

No puedes ver su sexo ni sus piernas; las sombras castran tu curiosa mirada y evitan reconocerte en las necesidades de su carne. Sus labios parecen articular una súplica, una súplica estremecedora que inunda tus oídos y te hace preguntarte qué está pasando, sin retórica, como una forma de afrontar la irrealidad frente a tus ojos.

Te inquietas, se retuerce, sus manos no cesan de buscar algo en tu pecho. Te estremeces justo cuando su voz se hace grave y penetra en tu cabeza como una flecha ardiendo.

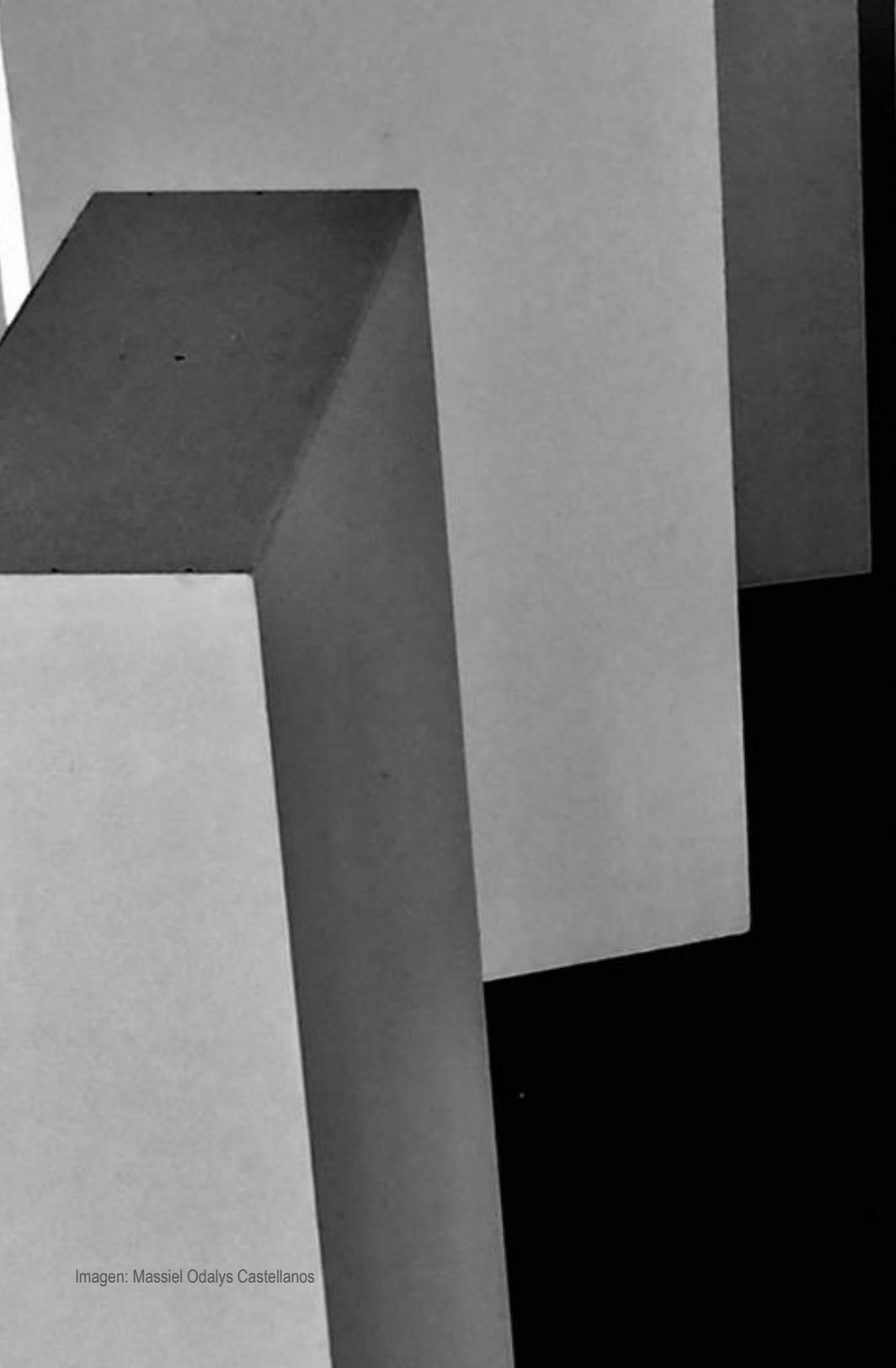


Imagen: Massiel Odalys Castellanos

Rápidamente te levantas buscando el marco de la puerta con tu espalda, sin dejar de ver cómo nace un apetito indescriptible en su mirada, una mirada que te desea, que hurga en tu alma y que permanece fija en ti. Estás parado justo en la puerta; tu sombra se dibuja en el piso, mientras la criatura comienza a reírse, primero sutilmente, hasta convertirse en un estruendoso rugido.

Un segundo antes de bajar las escaleras, atisbas a la figura arrastrándose en un zigzag convulso hacia ti. Sientes en la espalda la caricia del terror absoluto, aventándote a bajar por las escaleras corriendo. Huyes sin cuidado y resbalas poco antes de terminar la escalera. Hay sangre en tu rostro, pero continuas corriendo a través de la solitaria calle.

En un punto te detienes agotado y desesperado, el dolor ya no te deja continuar. Miras a tu alrededor; estás perdido en un inmenso camino en medio de la noche. El negro sendero está custodiado por altos muros blancos, como islas desiertas en medio de un mar de oscuridad.

No sabes dónde estás y no sabes a dónde vas. Intentas recordar, intentas darle coherencia a todo esto: escuchaste el grito, subiste las escaleras, viste a la criatura, huiste. Ahora levantas la mirada y no ves nada, pero sabes que te observa.

En una esquina oscura te espera paciente y excitado, sabe tan bien como tú, que todo camino te llevará a sus brazos. Ahora lo recuerdas todo. Esto ya te ha pasado y seguirá pasando. Solo es el principio de un festín de perversidades que te hacen llorar tormentosamente y, por más esfuerzo que hagas, por más que quieras y lo intentes mil veces, no puedes despertar.

Vuor Cight (1986). Oriundo de Cuauhtepac, barrio bajo en la zona norte de la Ciudad de México. Prófugo de la carrera en Arte y Patrimonio Cultural. Se ha mantenido oculto entre palabras y cuentos. Ha malinterpretado de manera vehemente su indolencia e intenta explicarse el mundo a través de la escritura. Aún no lo consigue.

¿Serán una historia más?

Grisel Estrada

● Que si estuve ahí cuando llegaron? Claro que estuve, eran un chingo, por lo que oí venían de muy lejos. Llevaban años buscando la señal y, al verla –un águila postrada en un nopal devorando una serpiente–, se emocionaron y en chinga comenzaron la construcción de la gran Tenochtitlan, una hermosa ciudad sobre el lago, y nosotras a su alrededor.

Con sus habitantes tenía una convivencia chida, me consideraban como un lugar sagrado, realizaban ofrendas con cantos y danzas para tomar el agua de mis ríos, así como, las plantas y animales que vivían en mí. Yo disfrutaba observar cómo entrenaban sus guerreros águila sobre una de mis laderas. La neta se la rifaban en las guerras, ¡qué buenos tiempos aquellos!

Todo cambió cuando llegaron esos raros españoles, todos cubiertos de metal. Hasta acá me llegaba su hediondez, y eso que estaba lejos de ellos, no quiero ni pensar lo que sufrieron los aztecas al tener que soportarlos, con lo pulcros y delicaditos que eran.

Estos españoles fueron de lo peor. Creyéndose los conquistadores, con su idea de civilización cambiaron las costumbres y tradiciones que había. Comenzaron a usarme a su antojo, como un objeto, pues; porque según ellos, eso dijo su Dios. Entonces dejé de ser importante, ya que de mí solo se obtenían cosas pa' los indios, y los caciques merecían de lo mejor. Pero el gustito nomás les duró 300 años, porque un día se pusieron chingones los pobladores de la Nueva España y lograron su independencia.

¡A huevo! ¡Todo iba a mejorar! Eso pensé, pero... pos no. Me equivoqué. Se puso peor; ahora no solo me olvidaron a mí, sino que también a los pobladores que habitaban en mis laderas. Fue cuando me dije: «¿Qué puedo esperar de estos “seres inteligentes”, si entre ellos se olvidan y maltratan».

Y, pues nada; así pasé a formar parte del pequeño pueblo de Cuauhtepac. Los habitantes no tenían grandes emociones, sin embargo, la pasábamos chido. Hasta que un día, a algún ingenioso se le ocurrió protestar por sus tierras. «¡Ah, chingá! ¿sus tierras?». Si son mías.

Pero, bueno, comenzaron el alboroto y nuevamente ganaron. Ahora tenía que llamarlos «señores ejidatarios». Estos se daban el lujo de extraer el delicioso aguamiel de mis magueyes para elaborar pulque, además de sembrar en mi suelo su maíz, su jitomate, sus quelites, todo eso que llaman milpa, ¡si serán torpes, chingá! mis características no sirven pa' eso. Se olvidaron de que tengo mis propios procesos y tiempos. Según ellos, me dominan y usan a su antojo, pero nomás me

nuevo tantito y salen corriendo por todas partes gritando «¡está temblando!, ¡se está deslavando el cerro!, ¡ay, Dios mío!, ¿por qué ocurren tantos desastres naturales?». ¿Desastre yo? Desastre ellos que lo han provocado todo y ahora resulta que yo tengo la culpa de sus desgracias.

Pero, como les decía, estos ejidatarios solo pudieron cultivar unos cuantos años en mis tierras, además de extraer cantera de uno de mis cerros. Los sinvergüenzas hasta trajeron un ferrocarril para facilitarse las cosas y transportar sus productos. Cómo era molesto el ruido que hacía esa chingadera. Al final me dejaron toda desnuda y seca, y desapareció la mayoría de los animales y plantas que vivían en mí.

Como ya no les daba beneficios, entonces se dieron el lujo de vender mis tierras, como si con su cochino dinero pudieran representar mi valor. Vendieron un pedacito por aquí, un pedacito por allá, y, en menos de cincuenta años, pasé de tener en mis laderas a unos cuantos pobladores a más de trescientos mil. ¡Háganme el chingado favor!, esto se ha vuelto un desmadre. Ahora las personas viven en condiciones precarias, hay asfalto sobre mi suelo, entubaron mis ríos, construyeron casas, viajan en sus carros, han transformado todo a través de sus procesos industriales. Solo observo una gran mancha gris debajo de un gran espesor de humo.

Sembraron en mis tierras unos árboles llamados eucaliptos. Son tan ácidos que están cambiando mis propiedades; pero, eso sí, estoy obligada después de la chinga



que me han dado, a agradecerles que hayan reconocido una pequeña parte de mí, como Área Natural Protegida, bajo el nombre de Sierra de Guadalupe, por la cercanía que tengo con el cerro donde según apareció su Guadalupana.

Con todo esto, me dan lástima y asco al mismo tiempo. Siempre corriendo, amontonados, estresados, peleando unos con otros; siempre buscando acumular riquezas materiales bajo el dogma del capitalismo. Según ellos, esto les dará la felicidad, pero lo único que verdaderamente está ocurriendo es que están acabando con su propia especie, y sucederá lo que he visto antes, una extinción. Lo que me sorprende es que en los catorce millones de años que tengo en este planeta nunca había visto cambios tan drásticos en tan poco tiempo.

Lo que les he contado ha ocurrido en apenas setecientos años. Como ellos dicen, en un «abrir y cerrar de ojos». A mí me importa un carajo si se extingue o no su especie; sé que, con el paso del tiempo y por diversos procesos evolutivos, otros seres poblarán mis tierras. En fin, solo de ellos depende cambiar su pensamiento y acciones si quieren seguir viviendo. De lo contrario, serán solo una más de mis tantas historias.

Grisel Estrada nació en la cercanía de la Sierra de Guadalupe, al norte de la Ciudad de México, y tiene un gran interés por la teoría de Charles Darwin. De ahí nace su respeto por la naturaleza y la preservación del patrimonio biocultural.



Para suicidarse

Laura Ilarraza

Nunca pensó que tendría tantas ganas de vivir. Hace una semana, cuando todo esto comenzó, él solo quería permanecer adormecido entre la náusea, el insomnio y la sequedad en la boca que le dejaban sus medicamentos. Habían pasado años desde que se los recetaron por primera vez, y el vago sueño en que vivía desde entonces se había convertido en la bruma vital que nublaba su depresión.

Hace una semana, siete días exactamente, caminaba en la noche semidesierta de la ciudad. Venía de la farmacia, donde había comprado un nuevo frasco de pastillas antidepresivas para calmar la ansiedad de estar solo y sus tantas ganas de matarse.

Conocía de memoria las calles que había entre la farmacia y su departamento, pero esa vez algo llamó su atención al pasar por la penumbra de una cuadra en la que solo había edificios viejos y abandonados, frágilmente sostenidos por una lúgubre espera de compradores y habitantes. Una solitaria cuadra por la que caminaba cada vez que hacía ese recorrido.

Entre la mugre y el cascajo de la pared de uno de los edificios, pudo ver un inmenso cartel en el que se leía: «Curso para suicidarse». Las ventanas del lugar estaban rotas y las protegían trozos de madera entrecruzados, la pared y la pintura lucían severamente agrietadas y en algunas partes se asomaban los ladrillos y viguetas con que se forjó el esqueleto del edificio.

Vio entonces que la destartada puerta estaba entreabierta y sintió que un haz de luz apenas perceptible lo invitaba a pasar. Permaneció inmóvil en la banqueta viendo el cartel y la puerta. La puerta. El cartel. Entonces abrió el frasco de pastillas recién comprado y engulló tres de una sola vez. Luego esperó un poco hasta que su cráneo empezó a presionar su cerebro, los sonidos nocturnos se diluyeron y las luces de los coches que pasaban por ahí atravesaban sus ojos como relámpagos.

Con sus pies y manos adormecidos, ya completamente absorto en el aturdimiento, empujó la puerta y dio un paso hacia adentro. La exigua iluminación solo le permitió ver escombros, basura, podredumbre. Dos segundos después, sintió un fuerte golpe en la espalda. El golpe lo tumbó en el suelo, dejándolo inconsciente. Se apagó todo y la puerta se cerró.

Cuando recuperó la conciencia, sumido todavía en el entresueño que le dejaron

el golpe y las pastillas, vio cómo su cuerpo recibía una golpiza que no terminaba de sentir. Era la primera de muchas, y las siguientes le dolieron cada vez más a consecuencia de la sobriedad y la lucidez que dejaban a su paso las horas sin ingerir drogas.

Los siguientes siete días permaneció encerrado en un cuarto, entre la penumbra, tirado, retorciéndose del dolor. Recibía una golpiza tras otra y las pastillas ya no adormecían su cuerpo ni sosegaban sus pensamientos.

A su lado, en el piso, aparecían de vez cuando una botella de agua, fiambres y un poco de pan. Sin levantarse, se arrastraba débilmente hasta ellos para tragarlos con dificultad.

Entonces, completamente humillado y con un desmedido dolor en su carne, supo quién era. En medio de ese tormento y de ese frío, sometido, herido, sintió la vida volver.

Pero nunca luchó ni pensó en salir de ahí. No gritó ni preguntó. No pidió respues-

Fotografía: Michael Gaida



tas. Despertaba para mirar apenas nada y dormía para recibir los golpes.

El séptimo día despertó amordazado y sentado en una silla. A un par de metros de distancia, vio una mesa pegada a la pared. Sobre ella, una lámpara alumbraba una pistola. En la pared había un cartel que decía: «Ya puedes hacerlo».

En medio de la nada, resignado y débil, supo que no tendría otra salida. Y también supo que jamás había sentido tantas ganas de vivir como las que tenía en ese momento.

Laura Ilarraza es comunicóloga, orgullosamente egresada de la UNAM. Es editora de México Social. Le apasiona el lenguaje y admira a Julio Cortázar, en cuyas palabras descubrió su amor por los cuentos y el sueño de escribirlos.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo. Perdónanos, Señor.

Lian Liprandi

Hoy enterré groserías en la tierra. Para ver si de esa manera obtengo más respuestas directamente de nuestra fuente de vida. Una hoja de papel arrancada de tu libreta fue la seleccionada para dichos fines. La idea de que todo se neutraliza al entrar en contacto con la naturaleza me invade.

El momento del entierro fue tan mágico como pensar que, en ese preciso instante, estaba abriendo un canal de reclamos con Dios. Padre de la Naturaleza y, por ende, de mi azar.

Y es que no sabía a quien más reclamarle; era un hecho que Dios nos había hecho parte de su juego. No sé cómo entramos a él, pero nos encontramos así sin más ni más, jugando. No sé si había sido por tu tendencia a vestir de manera modesta incluso en lo que sería el día más importante de tu vida. O quizá por los excelentes animadores y músicos contratados. O tal vez por mi manía de llegar tarde a las citas. Llegué a mi cita con el destino con un retraso equivalente a años, mucho más tarde de lo que pensé que fuera posible llegar jamás.

Tu amigo, quien es mi amigo también, pasó a recogerme puntual esa tarde a mi casa. Yo hice que hasta el reloj se impacientara, tardándome más de lo habitual. Mi nivel de indecisión lo trasladé al tiempo. Buscaba tener un *look* formal por la ocasión, pero sin parecer demasiado atractiva.

Estuve lista cuando tuve que estarlo. La molestia en la mirada de tu amigo era visible y esa molestia nos acompañó todo el camino como un pasajero más. Estoy segura de que él solo pensaba en lo arrepentido que estaba de haberme invitado. Iba a llegar tarde, con una chica no arreglada lo suficiente para la ocasión. No había ganado nada.

Y tal como sucede cuando algo va mal, se puso peor. Equivocamos la ruta que debíamos seguir, prolongando más y más lo que ya parecía, desde que me subí a ese auto, un viaje interminable.

La agonía en el auto terminó tres horas después. Cuando llegamos a una suerte de castillo alejado de la ciudad, habitando la selva y el bosque. Tomé la invitación de la guantera, la misma que nos reclamaba nuestras tres horas de retraso con hermosas letras garigoleadas, y esperé a mi amigo en el pasillo empedrado que nos invitaba a entrar. Desde ese punto escuchaba sonar las canciones que se bailan en grupo típicamente en las bodas, lo cual me hizo pensar que ya habían servido la cena y nos quedaríamos con hambre toda la noche.

Estaba entre esas reflexiones cuando un conejo apareció en la escena. Éramos



Fotografía tomada de internet, con edición gráfica de Lian Liprandi

solo él y yo, ya que, para ese punto, todos los invitados estaban ya dentro. Me pareció tierno, intercambiamos una mirada y él continuó su camino de brinquitos para cruzar al otro lado.

Mi amigo llegó y nos dispusimos a seguir el camino hasta donde estaban los demás invitados disfrutando ya de la fiesta. Seguimos el protocolo y pusimos nuestro regalo en su sitio. Habría cerca de unas quinientas personas allí dentro, quinientos completos desconocidos para mí.

El lugar era amplísimo y la pista de baile también. Yo quise bailar desde el principio, por eso había aceptado la invitación. Amo bailar. Amo las bodas porque el alcohol y la comida son patrocinados, los lugares están decorados románticamente, hay música para bailar y la mejor parte es que, si conoces a alguien, lo conocerás en su mejor versión: perfumadito, bien vestidito, porque, ¿a quién le gusta ir mal a

una boda? Me separé de mi amigo para darle oportunidad de que respirara un poco, pasé por un tequila a la barra que no tardé nada en identificar y me dirigí a la pista.

Necesitaba desentumirme un poco después del largo viaje y tomar energía antes de empezar a conocer personas. Estaba ya por terminar el “Payaso de rodeo” en su velocidad más alta, lo cual no me importó, porque, si de bailar se trata, yo me encargo de abrirme paso entre la gente. Así lo hice y acabé chocando contigo en el último giro.

Hubo una chispa. No puedo hablar por ti, pero estoy casi segura de que sentiste lo mismo, porque, a la siguiente pieza, que, por cierto, fue una de mis salsas favoritas, me sacaste a bailar. Te conocí así, erguido, seguro y sonriente. No hubo nada más en medio. Tu mano me guió al ritmo de la letra y al ritmo de “La vida es un carnaval”. Bailamos como dos grandes. Sabías sin duda cómo llevar y marcar las vueltas. Se notaba que los dos habíamos tomado clases de salsa porque hicimos todo tipo de figuras de salsa cubana, *el 56. El 56* complicado. El *engáñate, engáñala*. Te conocí un poco más a través de tu sonrisa y tus ojos a cada giro. Nos presentamos entre vuelta y vuelta, compartimos la información básica con lo que los decibeles de la música nos permitieron.

Resultó que compartíamos la misma profesión, que eras cuatro años mayor que yo, que tu cumpleaños era un día después del mío. Cada giro nos hizo más reales. Terminó la canción y empezamos a bailar la siguiente, hasta que empezamos a captar la atención de los demás invitados. La pista de baile se abrió.

Entró tu novia, la única que podía vestir un vestido blanco ese día, y te dio un beso. Entendí que en una presentación que dura lo que dura una canción hay información valiosa que se escapa. Felicité a tu novia y la abracé. Te felicité a ti y te abracé. Partí de la pista y dejé que ustedes terminaran de bailar lo que quedaba del ya bien conocido “Cómo te voy a olvidar”.

Salí de la pista con una gran sonrisa por fuera, aunque no por dentro. Me quedé mirando como eras desde afuera. Vi que me buscaste con la mirada por un rato, pero ese era tu día y el de ella, y no había más alternativa que la de seguir bailando con la mujer a la que habías escogido por siempre.

Presenció cómo ella bailaba porque disfrutaba verte bailar, pero no era tan hábil con los pasos, o tal vez era el peso vestido. Tú y yo no somos ni siquiera una posibilidad. Sin embargo, existimos. Mi amigo llegó y al verme que te seguía con la mirada me dijo sorprendido: «¿Por qué no estás bailando? Ahorita que termine la canción vamos a saludar a los novios, creo que no te conté que se conocieron desde la secundaria».

No tenía palabras para responder a eso. Le dije que me esperará ahí porque debía ir al baño. Salí al jardín para despejar un poco mi mente. Choqué con otro conejo, el cual, a diferencia del primero, me pareció repulsivo, y lo espanté. Arranqué una hoja del gran cuaderno de buenos deseos para los novios, tomé la pluma prestada y me dirigí a enterrar groserías en la Tierra.

Lian Liprandi es ingeniera en Telecomunicaciones. Project Manager de profesión, creativa por convicción. Usa la escritura para resguardar memorias y a manera de terapia. A veces la escritura la usa a ella, haciéndola parte de sus juegos en mundos paralelos. Instagram: @serserendipity

El monstruo del cretácico plástico

Carlos Méndez

Recuerdo esa intranquilidad de sentirte observado cuando estás solo en una habitación. Es una pesadilla sentirlo cuando sabes que eres el único ser consciente en un planeta entero. La misión es muy simple: colocar la trampa para *Plastegosaurio*, una especie que no se ha ca turado viva hasta este momento.

El silencio reinaba en la región. El sol hacia horas que se había ocultado, y yo estaba terminando de ensamblar la trampa. Este es mi trabajo, examinar características, hacer comparaciones, contabilizar poblaciones, clasificar especies. Clasificar implica muchas veces capturar, básicamente secuestrar, seres vivos que no sabían que hoy por la mañana habían visto su último amanecer.

Después de pasar varias horas en cajas o prensas, algunos mueren solo por el estrés; los que sobreviven son medidos, pesados y diagnosticados en exámenes médicos para verificar la salud de la población. Lo siguiente es diseccionar, abrir sus tejidos y repetir el proceso a nivel de organelos. ¡Y dicen que la investigación es aburrida! No soy un monstruo; solo estoy siguiendo el método, este es mi trabajo. Si soy un monstruo, entonces todos lo somos, por eso estos temas casi no se tocan; es mejor hablar de las cálidas tonalidades de ocre a carmín del cielo al alba, vaya que la Tierra tiene espectáculos únicos. La trampa está lista, mañana pasaré el día monitoreando la actividad.

Guardo el equipo y me dirijo hacia la base. Mientras camino empiezo a escuchar cada vez más el sonido de mi propia respiración, otra vez la maldita sensación de miradas a mi alrededor. Me estoy agitando, ha sido un día fructífero pero estoy muy cansado. A veces creo que me estoy volviendo loco, a consecuencia de la soledad; llevo aquí tres meses terrestres. Estar encerrado tanto tiempo en tus propios pensamientos es un negocio peligroso.

Caminé por un rato. Hay cierto encanto en la tranquilidad de la noche, se puede incluso disfrutar inmensamente la soledad. Pero trato de permanecer alerta.

Aproximadamente a las 0:50 horas empezaron a manifestarse los hechos del incidente. Al principio solo vi dos siluetas a lo lejos, que empezaron a acercarse rápidamente: sentí que perdía la fuerza en las piernas de la impresión, aun así mi reacción fue seguir caminando. Apretando un poco más el paso, la mejor batalla es la que se evita.

Estos seres fueron cautelosos; me observaban como si estuvieran analizando mi reacción. Se aproximaron un poco mientras avanzaba y los pude ver a la cara por

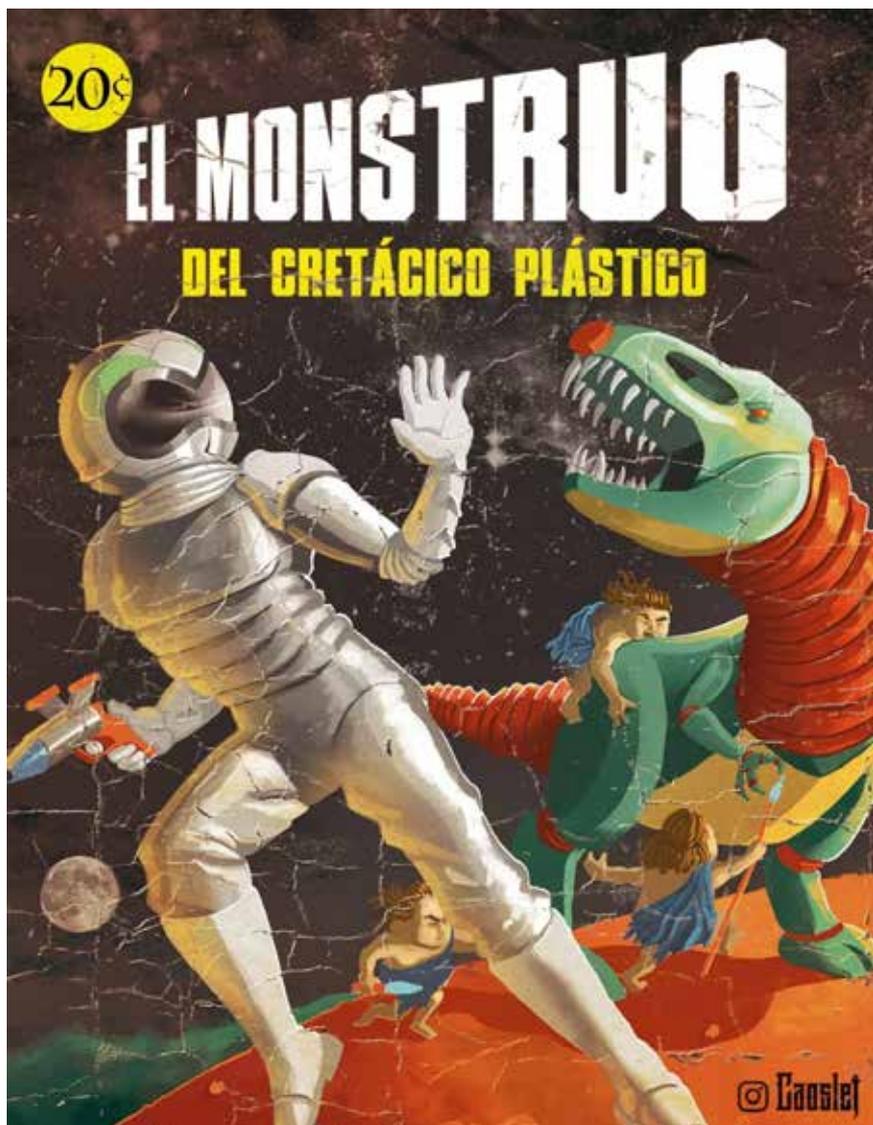


Ilustración: Carlos Méndez

un instante: eran homínidos medianos, regordetes de la parte cervical, no mostraban pelo en la cara, tenían la nariz pequeña y chata, usaban partes plásticas como vestimenta, señal clara de pensamiento complejo.

Poco a poco se fueron quedando atrás, tal vez no buscaban hacer ningún daño y una sensación de alivio momentáneo me cobijó. Pero no pude evitar mirar hacia atrás y darme cuenta que venían por mí, y que ya no eran solo dos, sino que se trataba de un grupo de caza que se acercaba con la mayor rapidez que les daban sus piernas cortas.

Entonces sentí que mi sangre se congelaba. Lo siguiente que pasó fue muy confuso. Tenía la adrenalina en el cuerpo al máximo, corrí hasta llegar a un pequeño

riachuelo, no lo suficientemente grande como para que la corriente me ayudara, incluso pude adentrarme en él, pero el agua ni me alcanzaba la rodilla.

Creí que tal vez el río los haría desistir debido a sus piernas cortas, pero no, me estaban dando alcance rápidamente. Comencé a pensar en el enfrentamiento; estas criaturas me superaban en número, pero podría golpear algunos, trataría de darles batalla.

Cuando estaba por llegar al otro lado del río, un crujir de ramas y un estruendoso rugido me paralizó. De entre la vegetación, salió una estructura imponente de gran tamaño, mandíbula poderosa, dientes grandes, patas enormes que eran tal vez el doble de mi tamaño, pero brazos y manos cortas. Su coraza era completamente de plástico rígido. Se abalanzó contra los monos cuelligordos y se armó una batalla campal contra la bestia.

Por un momento la escena me pareció majestuosa. Quisiera incluso haber podido estar en otra posición para contemplar semejante espectáculo, pero no podía desaprovechar la oportunidad, así que continué corriendo hasta la base volteando constantemente hasta que estuve seguro de que ya nada me perseguía.

Aunque estuve a salvo desde el ataque de la bestia, lo que es seguro es que la sensación de persecución la estuve cargando un buen rato, incluso al llegar a la base.

Tuve suerte, lo primero que hice al llegar fue encender el sistema de seguridad. Fue inevitable un gran suspiro al recostarme. Me invadía solo un pensamiento: saber que hoy por la mañana pude haber visto mi último amanecer.

Carlos Méndez es un ilustrador nativo de la Alcaldía Gustavo A. Madero. Aunque es un ávido lector de novelas y filosofía, está interesado en incursionar en la ciencia ficción. Instagram: @caoslet

Ana

Luis Octavio

De nuevo, la veo. Estoy frente a ella. No necesito más aquella fotografía. En persona luce mucho mejor. Luce mucho más alta, tanto que hasta me siento pequeño. Estoy seguro de que, en este momento, en todo el mundo, miles de personas la están viendo a través de una postal, en alguna fotografía en internet o están recordando la primera vez que la vieron.

Yo, por ejemplo, la miro y la recuerdo. Fue ayer, en una fiesta, allá por la colonia Lindavista. Enrique me presentó a sus amigos: Julián, Óscar, Jimena, Roger, Adrián, Daniel y, por último, Ana.

«Hola, ¿cómo estás?», le dije. «Bien, bastante bien, aunque con un poco de calor», dijo ella, y se sacó la chamarra. Mientras lo hacía no podía dejar de verla. Ella, al verme, sonrió. «Qué hermosa eres», dije en voz baja, más para mí que para ella. «Gracias», me contestó, casi en un susurro.

Pasaron un par de horas hasta que nos volvimos a encontrar. Ella regresaba de bailar, yo estaba con Óscar fumando un cigarrillo. Le sonreí a lo lejos y, para sorpresa mía, me devolvió el gesto. Enseguida caminó hacia donde estaba yo. Al estar a un metro de distancia, me dio su mano y dijo: «Ven, vamos a bailar». «Pero no sé bailar», dije en vano, cuando ya dábamos los primeros pasos. «No importa, ahorita aprendes». Lo siguiente fueron muchas risas y miradas. Ella fue quien llevó el ritmo. Eso le divertía muchísimo.

Podía verlo en su rostro: mostraba una sonrisa grande, de oreja a oreja, y de vez en cuando buscaba mi mirada, como incitándome a que tuviera confianza. Cuando la canción terminó, los dos nos abrazamos como un par de viejos amigos que no se habían visto en años.

«¿De dónde eres?», le pregunté, mientras recobraba el aliento. «De Latinoamérica», me dijo, y soltó una carcajada. «¿Cómo es que alguien puede ser de todo ese lugar?», contesté. «Cuando uno viaja por todo el continente puede darse el lujo de escoger su nacionalidad, la mía es esa: Latinoamérica».

La fiesta terminó a las tres de la madrugada. Al salir, vi que Ana se despedía de sus amigas con mucho cariño, como si no las fuera a ver en un largo tiempo. Cuando se quedó sola, no dudé ni un momento y me acerqué a preguntarle si era posible que la acompañara hasta su casa.

Dijo que iba hacia su hotel, en el centro, y que al mediodía tenía que estar en el



LATINO MERICANA

aeropuerto. «Pues vámonos en taxi, ¿no pensarás irte caminando, o sí?», le dije, bromeando. «No, tontito, vámonos en taxi».

Al bajar del automóvil, lo primero que llamó mi atención fue el nombre del hotel: Santa Teresa. Traté de recordar en dónde lo había leído antes. Pero fue inútil, ya que en lo único que pensaba en ese momento era en ella: en Ana, la latinoamericana. Subamos, la escuché decir. «Claro, ya voy», contesté y sonreí al recordar en dónde había leído el nombre del hotel.

Cuando entramos a la habitación, lo primero que noté fue que la cama estaba repleta de fotografías. Identifiqué algunas: el Santuario del Cerro San Cristóbal, en Chile; el Obelisco Porteño, en Argentina; el Teatro Solís, en Uruguay; el Paseo “Los Próceres”, en Venezuela; Las Casas de Osambela, en Perú. Ana notó mi interés. «Veo que reconoces algunas», dijo. «Sí, mis amigos me han contado de ellas», respondí. «Mira, ésta es mi favorita», dijo, y me alargó una fotografía de la Torre Latinoamericana.

Después de poner un disco de Luis Alberto Spinetta, descorrió las cortinas para que, lentamente, entrara la luz de las farolas. «¿Qué es toda esa luz que se ve a lo lejos?», pregunté. «Es el aeropuerto, allí estaré en unas horas», contestó. Vaya, conoce la ciudad mejor que yo, pensé. Cuando volteé a mirarla, estaba desnuda: me esperaba. Me desnudé al instante e intenté correr las cortinas. «No, tontito, para eso las abrí: para ver la ciudad y que ella también nos vea», y me sonrió.

La luz del día me despertó. Ana se había ido. La busqué en el baño, infructuosamente. Bajé a la recepción para preguntar por ella. «La joven pagó y se fue cuando apenas amanecía», me dijo el encargado en turno. «Por cierto, la habitación se entrega al mediodía», agregó.

Subí de nuevo. Debajo de mi camisa encontré el condón usado y, a un lado, una fotografía: era la Torre Latinoamericana. En el reverso, Ana había escrito:

«Tontito, buenos días. Disculpa por irme así, sin más, pero tenía que recoger unas cosas en casa de una amiga. La pasé increíble anoche. Todo me encantó, de principio a fin. Gracias por bailar conmigo y por soportar la burla de mis amigas, no cualquiera lo hace. En fin, te dejo esta fotografía para que te acuerdes de mí. Seguramente cuando estés leyendo esto yo estaré esperando mi vuelo con destino a Barcelona, ¡qué nervios! Cuídate mucho y ensaya tus pasos de baile, así conquistarás a muchas niñas. Chau, tontito. Besos».

Al terminar de leer la nota de Ana, me descubrí en el espejo sonriendo y llorando: estaba más feliz que triste. Me vestí, tomé la fotografía y salí a las calles que brillaban bajo el sol. Caminé por Bolívar, di vuelta en Madero y crucé el Eje Central. Llegué a la Alameda y me di media vuelta para contemplarla. «Qué hermosa es», me dije, y sentí que una lágrima rodaba sobre mi mejilla.

Luis Octavio. Ciudad de México, 1996. Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFyL de la UNAM. Lector Voraz, crítico de todo y de nada. Realvisceralista.

Fotografía: Pibble PicJay

Sopa para morir

Sebastián Sánchez

Siempre me encantó el sabor de tu sopa. Era como una droga para mí, tan deliciosa, que aunque te llevara mucho más tiempo prepararla que una sopa común, siempre valía la pena. Eso pensaba hasta que vi la preparación de ese brebaje, que ahora me resulta de lo más repulsivo, aunque su olor me indique lo contrario.

Me enamoré de ti, no sé si por tu persona, tu forma de cocinar o por mi soledad, ya no importa, me dejé convencer de dejar mi trabajo en el laboratorio y me traje a esta casa tan distante, de esas de un solo piso, con una hermosa cocina de azulejos y un jardín lleno de flores. Fue una gran ilusión, ahora es mi prisión y pronto será mi tumba.

Tan pronto como estuvimos instalados aquí, pusiste cámaras en todas las habitaciones. Decías que te gustaba mantener las cosas bajo control, y así me mudé contigo, dejé de ser una persona de ciudad y aunque teníamos ciertos “lujos”, como el internet o los electrodomésticos, me sentía aislada, incomunicada y atrapada en un lugar extraño.

Con el tiempo, una misteriosa “enfermedad” me había destruido el estómago, dañado mi corazón, robado mis fuerzas y encadenado a una silla de ruedas. Estuve internada en el hospital durante más de una semana y al fin pude volver a casa, débil y apenas con las fuerzas suficientes para alimentarme sola. Desde que regresé seguíste haciendo la sopa, por lo menos cada tercer día, y yo seguía tan enferma y cada vez más intrigada por saber cómo la preparabas. Cuando fuiste por las compras me metí a la computadora que empleas para ver las cámaras. Con mucho cuidado, pues sé que hay una cámara atrás de ese aparato.

Estuve jugando en línea y en una ventana emergente vinculé mi teléfono con la computadora, gracias a cierto programa espía que he tenido en mi celular desde hace años.

Entonces pude verte: empezabas prendiendo uno de los fogones de la estufa para, acto seguido, sacar una olla que parecía pequeña, como si solo fueras a preparar uno o dos platos. Le pusiste una cucharada de aceite de oliva de una marca excesivamente cara, justificándote de que así sería más sano, aunque el aceite no es el problema en tu sopa. Cuando el aceite apenas empezaba a calentarse, agarraste un paquete de pasta de la alacena. Yo no pude reconocer esa marca, pero la

pasta de fideos delgados refulgía con un color amarillo dorado muy hermoso, así como eran mis cabellos antes de la enfermedad; ahora son opacos y quebradizos. Pusiste el paquete a un lado tuyo y empezaste con el puré de tomate.

Sacaste unos jitomates bastante maduros del refrigerador, los lavaste y, usando el cuchillo más grande y afilado –ese con el que yo sé que deseas cortarme la garganta, pero no te has atrevido–, los cortaste en cuatro y los metiste a esa licuadora tan moderna que recibimos como regalo de bodas. Agregaste cebolla picada, vi que se te saltaron algunas lágrimas debido a su olor; yo desearía que derramaras lágrimas así por mí y mi terrible condición, pero nunca he visto eso. Solo ha habido silencio y tus miradas, que parecen neutrales, pero donde he podido vislumbrar el deseo que escondes, pues tú quieres verme morir.

Un diente de ajo pelado, y también un poco de caldo de res. En ningún momento bajaste la velocidad de la licuadora del máximo y, cuando la apagaste, quedó un puré de tomate color rojo cobrizo, como tu cabello y tu barba tan rasposa, en el cual todos los ingredientes se habían integrado a la perfección.

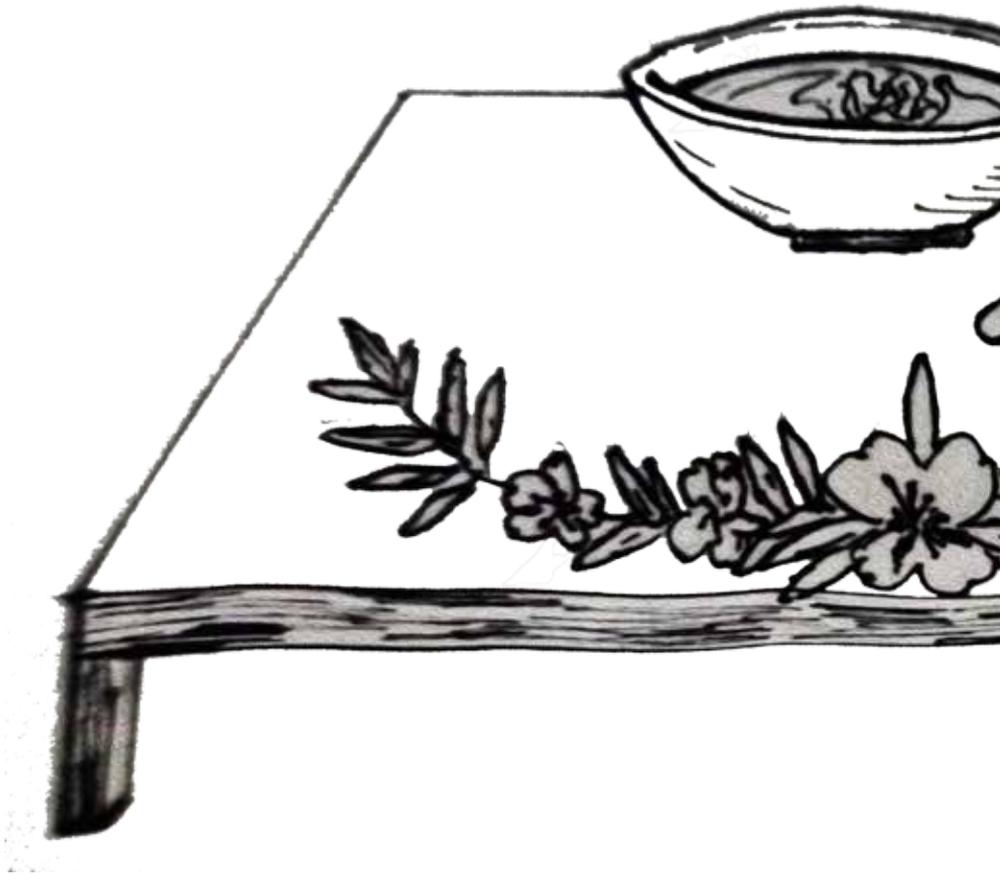
Cuando apagaste la licuadora, pusiste la pasta a dorar y no paraste de removerla hasta que se cocinó de manera uniforme. Desearía que se hubiera quemado, que se hubiera quemado la pasta, la casa y nosotros con ella, pero tu habilidad de cocinar de manera perfecta no lo permitió. Vertiste el puré en la olla, añadiste agua y más caldo de res. Sacaste el cucharón de madera, siempre dijiste que era tu favorito, y empezaste a revolver la sopa lentamente y con una sonrisa en tu cara. Desearía tener fuerzas para golpearte y borrar esa sonrisa de tu rostro pero ni siquiera puedo levantarme.

Agregaste después de haberle dado al menos veinte vueltas una pizca de pimienta, orégano y pimentón de un rojo intenso, como imagino que debe verse tu sangre; una hoja de laurel, una ramita de romero, otra rama de lo que después reconocí como apio, y añadiste además cebollín picado y albahaca, todo en cantidades bastante ínfimas.

Y, por último, algo que yo no esperaba: pusiste una flor deshojada. Pétalo por pétalo y hoja por hoja la fuiste colocando en la superficie del caldo, de manera delicada, como si todo fuera explotar si hicieras algún movimiento brusco. Identifiqué la flor como Nerium Oleander, también conocida como rosa laurel, una flor bella y sobre todo venenosa, ¿cómo fue que pude imaginar que estabas siendo cursi? Tú jamás fuiste así.

Tú me causaste todo esto, vómito y diarrea ambos llenos de mi sangre, las úlceras que les siguieron y que me causan dolor a todas horas; la ataxia, razón por la que ya no nuevo las piernas, las convulsiones esporádicas y las arritmias que me hacían preguntarme día y noche cuándo iba a morir. Todo fue causado por ti. Yo jamás podría haber pensado en algo así, y los médicos nunca pudieron identificar la causa porque la flor que usaste es tan poco común en este país, y la medicina es tan poco avanzada en este pueblo olvidado por todos, que a nadie se le ocurrió una intoxicación.

¡Y pensar que al fin había aceptado mi muerte! Jamás podré perdonarte por todo el mal que me has hecho. Antes moría por ti y por tu amor, pero tú ahora decidiste matarme en verdad, yo que el único pecado del que realmente tengo culpa



es el de abusar de tu cocina. Ahora muero justamente por eso, pero no pienso irme sin luchar. Mientras tú estás terminando la sopa, añadiéndole un poco de cilantro para darle aún más sabor, he ido por mi bisturí a mi estudio. Fue una tarea difícil, pero lo ha valido, es tan afilado, tan mortal y a la vez tan liviano y pequeño.

Lo último que veo en el video antes de que salgas de la toma eres tú sirviendo un plato lleno hasta el borde de ese brebaje tan venenoso que tu disfrazaste como comida por tanto tiempo. Escucho tus pasos en la escalera pesados y firmes como siempre, retumban, seguro traes puestas tus botas. Solo tengo una oportunidad y lo único que deseo es rajar tu cuello con el bisturí, clavarlo en tus ojos y arrancarte ese lengua tan mentirosa que me decía «te amo» con tanta facilidad. Estoy más que segura de que tu sangre es justo el ingrediente que le falta a tu sopa para ser una obra maestra.

Sebastián Sánchez. Se considera un escritor extraño. Disfruta de matar a sus personajes y escribe sobre la muerte de forma nada poética. Espera publicar su propio libro de cuentos.

Ilustración: Sebastián Sánchez

Florecer

Hinatta Wild

Estoy aquí, acostada en el piso de mi sala, a un lado del sillón. La tos sale de mi interior con tanta fuerza que mis pulmones duelen y se contraen sin importarles el dolor. Desde hace tres días mi estado ha empeorado y no hay nada que pueda tomar para curarme.

Mis ojos, ya débiles por el cansancio, miran a la puerta de cristal de la entrada siguiendo esos puntos negros que pueden ser confundidos por cenizas, pero no lo son.

Aún puedo recordar cuando los vi por primera vez, parece tan lejano e irreal. Fue en el trayecto de regreso a casa después de la preparatoria. Los vi desde la acera simple y gris del camino. Este pueblo, llamado Soledad, era tan tranquilo que no les di importancia.

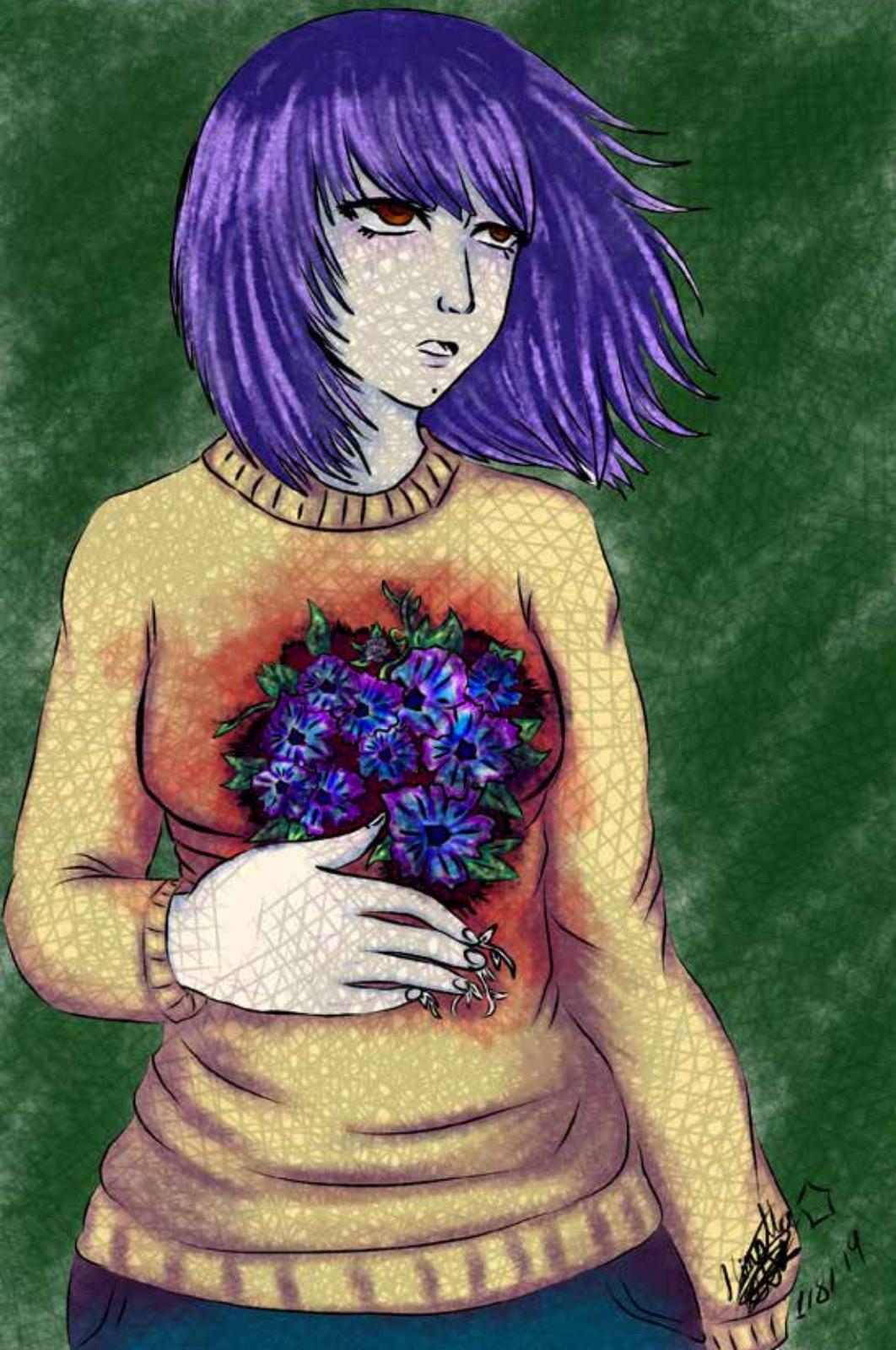
Al llegar a casa fui recibida con un abrazo cálido de mi madre y por la cara redonda y pecosa de mi hermano. Mi madre era fanática de las noticias locales, así que las puso cuando nos sentamos a comer. A mí no me interesaban, ¿por qué deberían interesarme, a decir verdad? ¿Cuál era el punto?

Quien rompió mi burbuja de Olimpia de dieciséis años fue mi hermano, quien comenzó a toser de una forma extraña. No tenía síntomas de enfermedad, pero tosía. Aun así fui a dormir y, cuando mi madre me despertó porque llevaría a mi hermano al doctor, solo asentí porque quería seguir durmiendo, porque quería tener un respiro en mi vida después del divorcio de mis padres.

Pero esa noche no pude dormir. Fui a la ventana a ver el paisaje del bosque que rodeaba la ciudad y no pude evitar retroceder. Aquello que antes me hacía sentir calma ahora me daba miedo. Estaba invadido por esas cosas que flotaban siniestramente en el aire. La ansiedad y preocupación que sentía por mi hermano y mi madre se desvaneció cuando llegaron. Aunque ambos ahora tosían, mi madre me habló sobre Tobías y su consulta.

El doctor solo había encontrado complicaciones en sus pulmones y recetó descanso, pero no era el primer niño con esos síntomas, así que en las noticias pidieron que tomáramos precauciones.

Me di cuenta de que la situación era grave cuando vi a la mañana siguiente algo que me aterró y que aún no sé cómo diablos sucedió. Esa mañana mi hermano se quedaría solo; yo debía ir a la escuela y mi madre iría a trabajar a la biblioteca. Cuando iba a salir, me quedé paralizada ante lo que veía: esas cosas se habían multiplicado e invadían más el aire. En el suelo había gente tirada y parecía que de



sus dedos salían... ¿tallos? ¿hojas? ¿por qué cada cuerpo tenía diferente clase de plantas? Cerré la puerta de un portazo. Aunque busqué respuestas en las noticias y el internet, nadie sabía nada.

Mi hermano me dio consuelo al dejarse acariciar los rizos oscuros de su cabello. Mi madre llegó tiempo después; a partir de ese momento fuimos confinados a nuestros hogares. Nadie podía ni debía salir de casa. La comida llegaba cada tres días, así que debíamos esperar. Los chicos de la escuela intentaban publicar nuestra situación, pero cada vez que lo hacían era como si jamás hubieran escrito nada.

El día que cortaron el internet fue a la semana del aislamiento. Tanto mi madre como mi hermano empeoraron, Tobías se había puesto pálido y su energía ya no era la misma de antes.

Cada vez que miro la puerta del cuarto de mi hermano siento cómo el horror atraviesa mi piel. Esa mañana me desperté con un grito terrible, un grito que mi hermano había soltado y que desgarró a ambas. Cuando llegamos a la habitación de Tobías estaba de pie, mirando en dirección a nosotras. Sus ojos, que antes expresaban alegría, ahora estaban repletos de terror y miedo. Nos mostraba sus dedos, que sangraban y en las puntas había tallos verdes con hojas manchadas con restos de su sangre. Con gran miedo mi madre intentaba arrancarlos, pero él lloraba y daba alaridos, estaban conectados a su cuerpo.

Cuando ella desistió, corrió a la puerta; estaba cansada y quería que alguien nos ayudara. Intenté detenerla, pero fue en vano. Mi madre me empujó al piso y abrió la puerta, cuando lo hizo un ejército de puntos negros se abalanzó hacia ella hasta casi ahogarla. Iba a cerrar la puerta, pero me aterroricé porque el exterior de las calles por las que alguna vez caminé ya no eran visibles.

Cerré de un portazo. El exterior ya no era sano para nadie ni nada. La semana siguiente fue peor aún; mi madre perdía su cordura e ideaba planes inútiles que pegaba en todos lados para poder escapar de ese lugar, pero los arrancaba y rompía. La puerta de mi hermano tenía marcas de las uñas y sangre de mi madre, un recordatorio del circo de los horrores del cual fui partícipe. A mitad de la noche, me desperté sudando frío; algo no estaba bien y sentía una tensión en el aire. Caminé desde mi cuarto a la cocina donde estaba mi madre durmiendo con esos papeles inútiles.

Entonces decidí ir al cuarto de mi hermano, puse mi mano en la perilla para girarla y abrirla. Cuando lo hice, una terrible nube de puntos negros se lanzó sobre mí y cubrí mi nariz con mi suéter.

Era difícil ver el interior del cuarto, pero cuando pude verlo, dejé de taparme para liberar un grito desgarrador de mi interior: las magnolias blancas estaban cubiertas de sangre, su pecho abierto, los ojos sin vida, la boca abierta con otra flor. Mi hermano era un florero con hermosas flores. Él había muerto.

¿Qué hizo mi madre? Al ver a mi hermano se aferró a su cuerpo, deseando morir con él. La puerta estaba abierta y esas cosas no dejaban de entrar. Yo no quería morir, no deseaba morir aún. Con todas mis fuerzas, jalé a mi madre para sacarla de la habitación. Cuando lo hice, puse el seguro por dentro de la puerta

y cerré ese sepulcro. Me apartó de su lado y comenzó a golpear y golpear, gritar, rasguñar, golpear, gritar, rasguñar.

Ella desgastó sus dedos y aún puedo escuchar sus ruidos. Tapaba mis oídos porque quería que se callara, que dejara de existir en ese momento, porque no quería escucharla nunca más.

Cuando se terminó su energía la llevé a dormir a mi cuarto. Ese calor que me daba antes ya no estaba, no me dirigía la palabra ni emitía ruido alguno. Yo dormí en la sala después de llorar y llorar. La persona que me dio la vida me abandonó para estar con mi hermano.

Desperté y ella no estaba en mi cama. La cinta que había puesto para bloquear la puerta de mi hermano había sido arrancada, e intenté abrir la puerta una y otra vez, pero nunca pude ver de nuevo el otro lado de la puerta.

Pronto cortaron la luz, las noticias nunca más volvieron, al igual que la comida. Tuve que racionarla para poder vivir. Estoy sola y olvidada, olvidada como los niños que enfermaron, los adultos que enloquecieron y se suicidaron, también como los pocos que teníamos esperanza en el pueblo.

Soledad está en el olvido, estamos muriendo en el olvido y a nadie le importa. Desde el incidente con mi hermano, comencé a toser, mi piel palideció y por más que quise seguir moviéndome ya no me fue posible hacerlo. De mis dedos salieron estos tallos que arranqué y destrocé al inicio sin importarme el dolor; mi hambre es insoportable y alucino con los fantasmas del pasado. Pero ya no me importa, los tallos pueden ser olvidados, todo puede ser olvidado, como yo, podemos ser desechados.

Las esporas siguen flotando como abejas en busca de polen, pero ahora todo es mejor, yo estoy mejor. Estoy bien. Florezco en un instante y dejo de moverme.

Samantha González López. Estudiante del último año de la carrera de Artes Visuales en la FAD Xochimilco. Artista en el campo del dibujo bajo el seudónimo de Hinatta Wild.

Índice

Presentación <i>Vladimir Cano</i>	5
Las mujeres para las que no existes <i>Juan Arancibia</i>	9
Mamá, el sol nos está matando <i>Sebastián Banda Gómez</i>	13
Dédalos <i>Vuor Cigth</i>	19
¿Serán una historia más? <i>Grisel Estrada</i>	25
Para suicidarse <i>Laura Ilarraza</i>	29
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo. Perdónanos, Señor. <i>Lian Liprandi</i>	33
El monstruo del cretácico plástico <i>Carlos Méndez</i>	37
Ana <i>Luis Octavio</i>	41
Sopa para morirse <i>Sebastián Sánchez</i>	45
Florecer <i>Hinatta Wild</i>	49

Esta es la primera antología del taller «Escribir Ficción: Narrativas Breves», impartido en el Centro Cultural Futurama, en la Alcaldía Gustavo A. Madero. Proponemos su lectura gozosa y deseamos que este primer trabajo conjunto tenga resonancia entre nuevos lectores y nuevos escritores.

Agradecemos a los directivos, coordinadores y personal del Centro Cultural Futurama por todas las facilidades que nos brindaron para llevar a cabo nuestra actividad artística, además de proponer e impulsar un nuevo panorama de Arte y Cultura en la zona norte de nuestra Ciudad.

Vladimir Cano

